la inclusión, o no, de la ciudad de Cuzco en la gobernación de Almagro. Tras tediosas controversias, Almagro, secundado por un hombre brillante e inquieto, de quien hablaremos en otra ocasión —Rodrigo Orgóñez—, decide abandonar el Cuzco a los Pizarro y pasar con un grupo fuerte de españoles, y muchos indios, a las tierras del actual Chile, donde sufrió penalidades sin cuento. Desde entonces él y los suyos serían llamados «los de Chile». No supo ver las riquezas del suelo chileno y regresó a tiempo de saber que la ciudad de Cuzco había sido durísimamente atacada por los indios de Manco, nuevo Inca.

Desesperado de lograr nada positivo en las tierras que había visitado, vuelve a pensar en que el Cuzco le pertenece, y se hace dueño de él, encerrando a Gonzalo y a Hernando Pizarro. Desde Lima Francisco Pizarro destacó a Alonso Alvarado, que fué derrotado por «los de Chile» en el paso de Abancay. Esta batalla señala el comienzo de las guerras civiles entre castellanos, que ensangrentarían al Perú por un largo período. Durante meses la tensión es inmensa y Almagro no deja libre a Hernando hasta que se le ha pagado un fuerte rescate. Esta prisión dejaría honda huella de rencor en el alma del hermano de Pizarro, que no descansó hasta lograr venganza.

La ocasión de la venganza se presenta cuando Almagro organiza un ejército —movido por la sangre caliente de Orgóñez— y se dirige contra el Cuzco, siendo derrotado en la tristemente célebre batalla de las Salinas, donde la mayor pericia de los pizarristas consigue una completa victoria, quedando Almagro prisionero.

Es en este momento cuando Hernando cumple su venganza, procesando sumariamente a Almagro y ordenando su muerte,

con prisa para que su hermano Francisco no pudiera intervenir. En julio de 1538, apenas unos años después de cumplidos los sesenta, moría el socio de Pizarro, que había acudido reventando cabalgaduras para evitar precisamente este exceso y prisa de su hermano, pero que había llegado tarde, teniendo noticia de la muerte de su amigo y rival en el mismo paso de Abancay, donde sus gentes habían sido derrotadas por las de Almagro.

* * *

En estas líneas breves de la biografía de Almagro —apenas veinticinco años de gesta americana, en una vida de sesenta y tres— se retrata como un hombre tímido pero valiente; amable, pero indeciso (tan pronto asegura que el Cuzco es suyo, como desiste y se marcha a Chile, y regresa e insiste de nuevo), generoso, pero ambicioso, sin las condiciones que fácilmente se pudiera creer que han de adornar a una figura imperial, se convierte en agente constructivo del Imperio por obra del clima de su tiempo. Quien está hasta la edad madura en España, sin brillo ni hechos notables, y permanece muchos años sin iniciativa en las Indias, se convierte en uno de los jefes de la conquista del más rico de los imperios indígenas, y se mueve incansable por una tierra en la que las distancias se miden por cientos de leguas.

Todas estas circunstancias y anécdotas, sumadas en una vida, nos dan el calibre del aura imperial que se respiraba en la España del siglo XVI, que permitía que cada soldado llevara en su petate el bastón de Mariscal —como se dice vulgarmente—, como fué precisamente en el caso de Almagro, Mariscal de la conquista, que este fué su título.